

El cuento que no se escribió nunca

Escribe: ADEL LOPEZ GOMEZ

Me gustaría haber contado entonces —hace ya mucho tiempo— la historia aquella, tal como saliera de los labios de mi ingenua, de mi romántica hermana. Era, en su versión, una historia casi cándida, bastante trivial que, como ocurrencia humana, apenas tendría poco más de la importancia emocional que a la sazón le confería Lina.

Tal vez por eso la menosprecié entonces. Y porque aquellos personajes me parecieron desvaídos, inconsistentes, y el asunto en sí mismo gastadamente adocenado y manido. Me faltaba saber muchas cosas sobre la vida y el hombre. Estaba todavía lastrado de prejuicios intelectuales y literarias vanidades.

Lina me había dicho en aquel tiempo, sobrecogida de piedad:

—Podrías escribir sobre eso un cuentecito lindo.

Creo que, en definitiva, fueron las dos palabras finales de su fraternal sugerencia las que me disuadieron... De haber utilizado fielmente todo aquello, hubiera contado muy limpiamente la historia de un joven matrimonio sin nada de extraordinario. Con amor y celos. Con un poco de violencia mental. Con una manchita de sombra efímera resultante de la presencia de una hermanita menor de la esposa. Con largos minutos de efusión y de lágrimas. Una historia que bien hubiera podido terminar en éxtasis. Con escena de padre feliz y joven tía inclinados sobre una cuna. Con una madre en su lecho, junto a ellos, dulce, venturosamente extenuada tras la experiencia ardua de su primera maternidad.

Así, pues, nunca escribí aquel **cuentecito lindo**.

Porque la vida es, en último análisis, la que "escribe" con insobornable verdad las simples, las tontas, las magníficas, las desgarradas historias. Como que la vida ya se sabe, es siempre más novelesca que las novelas.

La tras-historia es otra. Y hay dos años en la laguna del conocimiento, entre ella y el primitivo relato de mi hermana, que ella había considerado una vez digno de tratamiento arrobado y edificante.

Debo decir que Lina, alma diáfana, que nunca supo nada en el terreno experimental de las cosas del amor, había envejecido voluntariamente soltera en función de amor y ternura, en la que fue nuestra semi-campesina casa paterna, rodeada de jardines, vetusta de muros y abierta de generosos aleros. Una casa donde, por ejemplo, la gigantesca veranera sembrada hace medio siglo por nuestra madre, ha crecido libre, apenas sí corregida con timidez por un jardinero anciano que ya era sirviente de la casa cuando nosotros nacimos. Y que cuando, cierta vez, a propósito de esa enorme enredadera, me atreví a decirle que terminaría por desquiciar la casa pues ya la tenía agobiada por uno de sus costados, se limitó a contestarme sin la menor alarma:

No vale la pena, te lo aseguro. Hasta puede que tengas razón, pero te digo que, con veranera y todo, esta casa durará más que tú y yo.

Y aunque sin marido o pariente alguno bajo su techo, Lina nunca estuvo sola, en el viejo caserón. Había siempre, en cualquier tiempo, alguien que pasaba el chubasco a su amparo: alguna viejecita desteñida, venida Dios sabe de dónde; algún mozo sin trabajo que allí encontraba el pan de cada día mientras pasaban sus afugias; la hija de alguna lejana, apenas conocida prima que, empeñada en aprender corte y costura en algún taller de la pequeña ciudad, necesitaba seguridad, manutención, cuarto y cariño en tanto realizaba su ambición redentora de hacerse costurera.

Casa, en fin, de eventuales perros vagabundos y gatos famélicos de los tejados, cuyos pelajes sucios e hirsutos acaban suavizándose bajo la mano bondadosa de mi hermana, allí donde siempre había sobras sustanciosas y rincones tibios para descansar de la miseria y el hambre.

Pues fue allí, en casa de Lina, sin esperarlo ni desarlo, donde conocí al fin a la principal de mis heroínas desperdiciadas

de aquel cuento nunca escrito. Se llamaba Rocío. Era una muchacha un tanto singular, con no sé que aspecto de recelo y cansancio que no impresionaba de modo favorable. Bonita, con cierta gracia prematuramente marchita, que sin consultar su evidente juventud, la mostraba inhibida e insegura, sin brillo ni vitalidad.

Acostumbrado desde siempre a la rarezas de Lina, me abstuve de preguntarle nada concreto sobre aquella huésped, tan diferente en apariencia de cuantos eventualmente solían recogerse bajo su amparo. Fue ella misma —Lina— quien me preguntó una tarde, mientras hablábamos en el ancho corredor y Rocío, allá en el fondo del jardín, arrancaba, metódica, las flores muertas y las hojas secas de los rosales:

—¿Sabes tú quién es esa muchacha?

Más que pregunta era un conato de información. Dije a la espera:

—No. No he tenido tiempo de preguntárselo.

—Ni ella te lo diría, seguramente. Pero hace tiempo, en otra de tus venidas, te hablé de ella... de una pequeña historia... Un matrimonio joven... Una muchachita hermana de la recién casada... ¿No te acuerdas? Hasta creo que te dije que, cambiando los nombres y algunas otras cosas, podrías escribir un cuento interesante...

—¡Ah, sí, ahora recuerdo! Pero estoy seguro de que esa vez no empleaste la palabra "interesante". Dijiste —no sé por qué lo tengo tan presente— que podría escribir un cuentecito lindo. Y a mí, te lo confieso, no me gustan los cuentecitos lindos.

—Pues este resultó feo y sucio de verdad. Nunca lo hubiera imaginado! puntualizó Lina gravemente, sin mirarme a la cara.

Me lo fue contando de nuevo y yo reencontré sus situaciones, sus imágenes, sus temores, sus celos, sus ansiedades. No exactamente el cuento primero sino, además, lo otro, lo demás, lo que vino en estos dos años transcurridos desde cuando lo refirió Lina. Un pedazo de vida de hombre y su mujer... y una cuñadita adolescente...

Estaba interesado de verdad. Desde antes de entrar en el mundo monstruoso del enredo, me pareció entender, adivinar el abrupto final. Lina tornó elusiva y vaga. Le dije con irrazonada impaciencia:

—¿Por qué no hablas claro, mujer? Esas cosas suceden con mucha mayor frecuencia de lo que tú imaginas. A nuestra edad es una tontería andarse con rodeos.

Y agregué porque ella se mantenía vacilante:

—Supongo que no va a decirme que esta humilde Rocío que está limpiando los rosales, es la cuñadita inocente, sacrificada por aquel maridito enamorado que lloraba sobre el regazo de su mujer, jurando por un primogénito en gestación, que precisamente le estaba latiendo, vivo, contra las sienes. Jurando que todos sus celos de esposa eran infundados y vanos... Díme de una vez: ¿esta Rocío es la cuñadita engañada?

—No, es la otra.

—La mujer, ¿la verdadera mujer?

—Esta es...

—Increíble... Repugnante... Pero había un hijo por nacer, según dices.

—Lo había pero nació muerto... Claro que después de eso hay otro niño en la historia. Un muchachito encantador que va a cumplir pronto dos años. Lina lo adora. Cuando pasa una semana sin verlo, no hace más que llorar a solas. Como comprenderás el matrimonio está separado, desbaratado por completo. Al niño lo trae en secreto, con mil precauciones y sustos, una sirvienta que adora a la pobre Lina.

—Menos mal, si tiene ese consuelo. Un hijo, en ciertas circunstancias puede llenar el vacío de un matrimonio fracasado.

Lina remató con cierta exasperada violencia:

—¿Pero es que no entiendes? El muchachito no es hijo de ella.

—¿De quién entonces?

—De su propio marido de ella y de la hermanita soltera...